

y revolver muchos libros; y yo deseo que haya uno que por sí solo pueda instruir á la juventud, y sea capaz de extenderse hasta el pueblo. Si este libro existe, y es ignorancia mía no conocerle, en hora buena, que se publique, que se propague, y que sirva para la instruccion que propongo; y si no le hay, es cosa muy fácil escribirle, y será muy útil que se escriba. Pero me parece que un libro de una importancia tan general debiera estar en las manos de todos; y cuando veo la ignorancia que domina en casi todas las clases, temo ó que no existe, ó que no se estudia.

Como quiera que sea, es indispensable que bien sea resucitando este libro, y reformándole segun las necesidades presentes, ó escribiéndole de nuevo, se procure propagarle y recomendarle á la nacion. Si estuviéramos en el tiempo en que se juntaban los concilios provinciales, este catecismo seria la obra mas digna de un concilio; pero los obispos, como maestros de la santa doctrina, pueden, aunque separados, concertarse entre sí, y tomar el partido que les parezca mas conveniente para la formacion y extension de un libro semejante.

Pueden publicar un prospecto que explique todo lo que debe contener este catecismo, para que por sí mismo no solo represente el magnífico plan de nuestra Religion, sino tambien los evidentes testimonios que nos acreditan que nos viene de Dios; y que segun esto los hombres mas sabios de su dióce-

sis formen un libro, que ellos puedan publicar como el depósito santo de las verdades divinas, como las pruebas mas seguras de su divinidad, y como el libro mas necesario, tanto para la tranquilidad del corazon, como para el gobierno de la vida, sobre todo para que nos instruya y fortalezca contra las seducciones y violencias de la incredulidad.

Luego que estuviere escrito y publicado, quisiera que en todas partes se estableciesen cátedras para aprenderle y explicarle, y aquí repetiré la reflexion que me causó mucha extrañeza. Casi toda la Europa es cristiana; pues aunque por desgracia algunas naciones se hayan separado de la verdadera Iglesia, todas reconocen la divinidad de Jesu-  
cristo, y piensan como nosotros sobre los fundamentos de la Religion. Vuelvo los ojos á ellas, y las veo en grande solitud por los progresos de las ciencias útiles ó profanas; no hay arte, no hay ciencia que no las haya merecido la mayor atención: para todas han establecido cátedras y premios; y no veo ninguno de estos esfuerzos para la ciencia de la Religion, y para el objeto mas importante de todos, que es la demostracion de su verdad.

La única institucion que descubro entre todas es el premio anual que estableció á su costa el inglés Roberto Boile, para el que hiciese una disertacion que probase mejor la verdad de la Religion cristiana; y esta tan digna y bien entendida institucion ha producido escritos admirables. Pero es de observar

que el gobierno á quien tocaba mas peeuiliarmente este encargo, no solo abandonó á un particular el honor de una invencion tan útil, sino que ha sufrido la afrenta de no haber esforzado un ejemplo tan digno.

Es de admirar que España, esta nacion tan devota como magnífica, y que ha dotado con mucho esplendor fundaciones de tantos géneros, no haya pensado en este asunto que es el mas importante de todos, pues es la raiz y el fundamento de los otros. Nosotros tenemos muchas universidades, y en ellas hay cátedras para todo género de ciencias, especialmente para la teología; pero no tenemos libro que por sí solo pueda instruirnos, ni persona que por instituto de su empleo esté obligada á hacernos un curso completo del sistema de la Religion, y á demostrarnos las pruebas y testimonios que convienen su verdad.

Sin duda que nuestros padres creyendo de buena fe lo que la Iglesia nos enseña, no previeron que llegaría un tiempo fatal en que ciertos hombres, usurpando el título y la reputacion de sabios, y con toda la astucia de un ingenio falaz y seductor, formarían una secta de impiedad, capaz de alucinar la simplicidad de los pueblos. Pero este tiempo ha llegado; y la experiencia nos hace ver, que no solo existe esta secta funesta, sino que seduce á muchos incautos, y que la ignorancia general les da mucha fuerza; porque las naciones y los pueblos no están

bastante instruidos para resistir á sus sofismas: y no solo sabemos que sus errores cunden en la Europa con una celeridad deplorable, sino que somos testigos de los terribles estragos que producen. Es pues tiempo de pensar seriamente en oponer un dique á este torrente de devastacion, y añadir á los otros medios de la vigilancia cristiana el de ilustrar y convencer los espíritus, que es el mas eficaz de todos.

El hombre que conoce bien su Religion, no solo admira la sabia dispensacion con que nos la comunicó la bondad divina; no solo contempla, se arrebatada, y admira el inmenso y magestuoso plan que le presenta, sino que quedando íntimamente convencido de su infalible verdad, por las multiplicadas y evidentes pruebas que le produce, la ama, la sigue con una seguridad que ninguna falacia le puede desquiciar, y le sirve de consuelo en todas las adversidades y los varios sucesos de la vida.

¿Qué firmeza, qué seguridad, qué confianza puede tener el que no ha adquirido mas que nociones obscuras y confusas de su Religion? Todas las bellezas que Dios ha derramado sobre ella, son perdidas para él. ¿Qué sentimientos pueden excitar en su alma tantos prodigios de la bondad divina, si no los conoce? Aun cuando supongamos que crea con firmeza las verdades eternas, y que le muevan á temer y amar á Dios; el amor y temor crecerán con esta ilustracion, y la vista de una Religion tan san-

ta, tan magestuosa y tan sublime, elevará el corazón á los mas vivos afectos de respeto, de admiracion y de amor.

Y qué se puede esperar del que profesa su Religion sin tener de ella la idea que merece, y que Dios ha querido dar á los hombres, sino que poco instruído de lo mismo que crée, y no teniendo fundada confianza en su fe, proceda en todo con pasos tímidos y mal asegurados, quedando siempre expuesto á ceder al primer sofisma que le seduzca, ó á la primera pasion que le combata: en vez de que si se le hallara penetrado de la realidad de sus obligaciones, y de la seguridad de sus esperanzas, fuera una roca inexpugnable que no solo resistiria á las seducciones del error, sino al ímpetu de sus propias pasiones?

Seria pues un lamentable desacierto el no aplicarse á inculcar en los pueblos, así el espíritu como la verdad de su Religion. Por otra parte las fatales circunstancias y las tristes experiencias nos hacen conocer la necesidad de buscar nuevas defensas á nuevos y mayores peligros. Mas volviendo al libro de que hablamos, y que supongo escrito de manera que demuestre con evidencia y claridad los fundamentos de nuestra santa Religion, digo, que todos los gobiernos deben concurrir á que este libro sea enseñado y aprendido por todas las clases del estado.

Bien sé que un estudio tan serio no es propio pa-

ra la edad primera; pero como por su importancia debiera ser el de toda la vida, yo quisiera que por lo ménos se hiciera dos veces: esto es, que se continúe, como se hace ahora, en enseñar á los niños los primeros rudimentos por un catecismo aprobado, para que sean estas las primeras impresiones que reciban, y que se graben mejor en su memoria; pero que se dispongan las cosas de manera, que cuando lleguen á la edad de quince á diez y seis años, cuando ya las facultades de su espíritu han desenvuelto toda su inteligencia, esten obligados á volver á empezar esta enseñanza con mas solidez y en toda su extension.

Entónces estarán en estado de comprender tanto las máximas, como el espíritu de la Religion; entónces podrán sentir toda la fuerza de las pruebas, monumentos y testimonios que convencen de su verdad. Esta se llamará la segunda educacion cristiana, y será en efecto la primera ó la única, porque será la verdadera y sólida. Me parece que esto no es imposible, y que lo podrán conseguir las autoridades eclesiástica y real, si ambas se reunieren para dictar las órdenes con que esta segunda educacion se haga general en el reino. Sin duda que los sabios y grandes hombres que presiden á uno y otro gobierno, sabrán encontrar medios mas eficaces de los que á mí me pueden ocurrir; pero ved aquí los que me parecen mas oportunos.

Yo quisiera que en todos los colegios y univer-

sidades se destinase una de las muchas cátedras que existen, y se consagrarse á este objeto: esto es, que en todas las casas de enseñanza pública hubiese una cátedra bien dotada, y que se considerase como la primera ó la superior á todas las demas: que su objeto fuese hacer cada año un curso completo de Religion, arreglándose al libro reconocido por la nacion y su gobierno, como la Religion del estado: que para esto se escogiese el hombre que por sus luces y talentos pareciese más apto para este objeto; y que su obligacion fuera hacer aprender de memoria á sus discípulos todo lo contenido en el libro, haciéndoles entender, explicar y conferir su contexto, y añadiendo todas las ilustraciones respectivas y análogas, de manera que resultase una instruccion tan sólida como extendida.

Yo quisiera que este estudio se repitiese y renovase cada año, y que se ocupase el año entero en su ejercicio; que todos los discípulos de las clases estuviesen obligados desde que han pasado la edad de diez y seis años á dedicar un año á este estudio; y que á nadie se diese el grado de bachiller sin presentar certificacion de este curso, y de haber sido aprobado por los examinadores nombrados para este fin; y tambien deseara que esto mismo se practicara generalmente en todos los estudios, aun en los de las comunidades religiosas.

Asimismo me pareceria conveniente que á ninguno de aquellos á quienes se confiere por la pri-

mera vez un empleo, sea político, civil, militar, ó de cualquiera otra especie que sea, se le pusiese en posesion sin haber presentado una igual certificacion de haber sido aprobado por alguno de estos examinadores; y seria la obra completa, si los prelados tambien prescribieran, que ninguno pudiera servir de padrino ó madrina en los bautismos, confirmaciones ó casamientos, sin producir una certificacion semejante.

Me hago cargo de que será mas difícil instruir al pueblo, porque no es posible darle puntos fáciles de reunion en que se les pueda juntar para que todos se instruyan á un tiempo; pero lo que falta á esta clase de proporciones y facultades, se debe suplir con la abundancia, y para esto es menester repartir esta divina palabra con tan larga mano, que pueda llegar á los ménos aplicados; y las iglesias son el santuario en que debe frecuentarse esta enseñanza.

Me parece que si todos los domingos, ó en el número que pareciera suficiente para empezar y acabar cada año, se diese al pueblo una lectura de este libro en tantas iglesias como hay en la nacion; me parece, digo, que serian innumerables los fieles que instruidos de la grandeza y certidumbre de su Religion, se excitarian no solo á amarla y obedecerla, sino tambien á unirse con ella con lazos tan indisolubles, que ningun esfuerzo humano los podria separar. En mi dictámen esta instruccion es

tan eficaz para reformar las costumbres y hacer buenos cristianos, como los sermones mas urgentes sobre los puntos mas terribles de la moral.

Porque ¿qué efecto pueden hacer la muerte, o infierno y el juicio en personas que apénas creen, ó que no creen mas que tibiamente, porque su fe es débil, y está obscurecida y casi empañada? Si reciben alguna impresion, no puede ser mas que fugaz y pasagera, porque el alma no la recibe con una fe viva y persuadida; en vez de que el estudio de la Religion, convenciéndonos de su verdad, nos descubre al mismo tiempo los designios de Dios, su maravillosa coordinacion tan superior á los limites y obscuridades del entendimiento humano, y nos pone á la vista nuestras firmes y elevadas esperanzas.

Todo esto reunido nos produce sentimientos íntimos, continuos y profundos que nos atraen al respeto, al amor y á la regla. No es posible dudar que esta instruccion tan repetida no haga grandes efectos. Si no se aprovechan todos del fruto, se aprovecharán muchos; estos formarán la pluralidad, y darán el tono á los otros. Se puede esperar que derramándose en una nacion tanta copia de luz, tanta fuerza de conviccion, y que estando esta sostenida por la autoridad y la ley, al fin se forme un espíritu público tan dominante que ha de arrastrar consigo á los que por incuria ó corrupcion no quieren seguirle.

¿Quién puede dudar, dijo mi amigo, que si por estos y otros medios se propagara en la nacion el estudio y la práctica de una Religion santa, y que no predica mas que virtudes, que no tienen otro objeto que la felicidad de los hombres, no solo esto seria el mejor preservativo para no dejarnos inficionar de esa filosofia devastadora; no solo aseguraria esto la consistencia de la Religion, la estabilidad del trono y la pública tranquilidad, sino seria el motivo mas eficaz de mejorar las costumbres, y hacernos tan felices como la condicion humana puede alcanzar á serlo?

Soy del mismo dictámen, dije yo. Así suscribo con todo mi corazon á esta idea, y para haceros ver cuánto se conforma con mi modo de pensar, os diré, que desde que mi amigo me encargó la educacion de sus hijos, concebí un proyecto, que aunque en pequeño, se parece mucho al vuestro. Como yo creo que el primero y mas importante estudio del hombre debe ser el de su Religion, porque ella sola es capaz de excitar á la virtud, me habia propuesto de hacer de ella mi principal objeto; y como los niños no esten todavía en edad de hacer un estudio serio y racionado, mi intencion era contentarme por ahora con hacerles aprender los primeros elementos, y darles las ideas que pueden recibir.

Pero estoy en el ánimo de formar un escrito tal como vos le proyectais. Cuando los niños esten en

la edad competente, esta será nuestra mas continua y privilegiada lectura. No solo la harémos una vez con toda la aplicacion posible, sino que la repasaremos todos los años, y me parece. . . .

Aquí interrumpió mi amigo: Señor cura, vuestra idea es vasta, magnífica, y digna de un gobierno ilustrado. A nadie se le puede esconder su importancia; pero como esto no depende de nosotros, es menester dejarlo á Dios; pero de nosotros depende una idea que me viene al pensamiento, y que pudiera ser muy útil. Mariano dice, que está en ánimo de hacer este escrito que sirva para la instruccion de mis hijos: y yo digo, ¿por qué este escrito no servirá para la instruccion de este pueblo á que nos ha traído la Providencia? El celo cristiano se debe á todos: que Mariano pues desde luego y sin perder tiempo se ponga á escribirle: él servirá despues para mis hijos; pero que entre tanto se lea en nuestra iglesia: este será un ensayo: la experiencia nos enseñará los efectos que produce, y que no pueden dejar de ser muy buenos.

El cura aplaudió mucho la idea, y yo ofrecí poner desde luego manos á la obra. Cuando estuvo hecha, el cura y mi amigo la aprobaron. Yo queria dejarla al primero, para que él mismo la leyese; pero él me dijo: El cielo os ha traído aquí para la felicidad de este pueblo. Vos no teneis otras ocupaciones; yo tengo muchas. Vos sois mas mozo que yo; vos teneis pecho mas robusto, voz mas cla-

ra y sonora que la mia; vos podeis declamar con mas fuerza y vigor que yo: por todas estas ventajas el cielo os destina á este ministerio. Mi amigo manifestó el mismo dictámen, y despues de algunos debates me fué preciso ceder á sus instancias.

Allí mismo resolvimos que estas conferencias empezarian el primer domingo de diciembre, que es el tiempo en que se han concluido los trabajos del campo, y que durarian hasta el de Ramos, y que nuestra lectura empezaria al fin de la misa mayor. Yo me puse á aprender casi de memoria aquel tratado para poder declamarle mejor, y le llevaba siempre al púlpito por si me faltaba la memoria; pero miétras me preparaba á esta empresa, no dejaba de tener alguna desconfianza del suceso, temiendo que mi auditorio se cansase de una novedad á que no estaba acostumbrado.

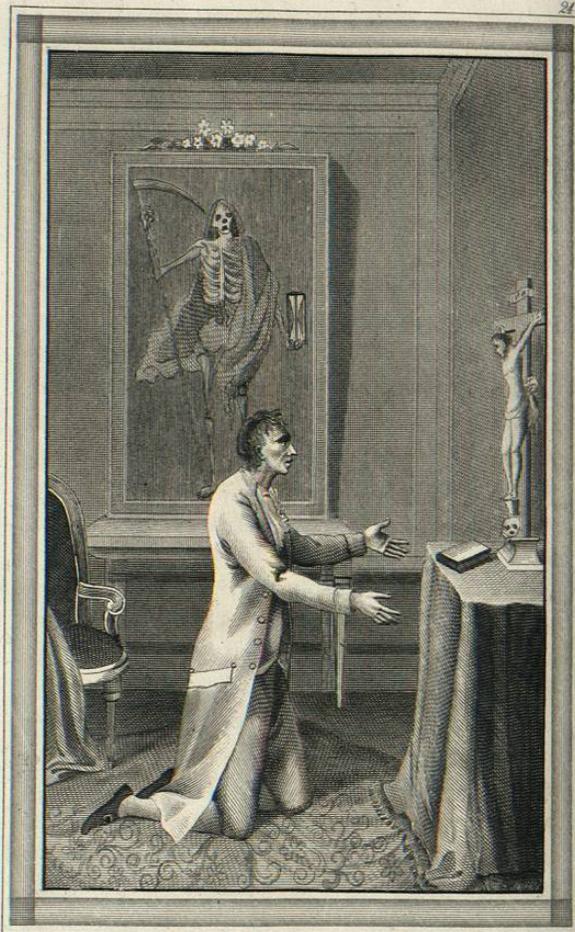
Llegó el primer domingo de diciembre, y aunque todos los domingos habia un gran concurso á la misa mayor, aquel era inmenso, y no podia caber en la iglesia. No me sorprendi, porque como habiamos hecho un convite general, me pareció que esto y la curiosidad podian haber traído tantas personas; pero ¡cuánta fué mi satisfaccion, cuánto mi consuelo, cuando observé que esta concurrencia no se disminuyó en los domingos siguientes! Yo empecé por hacer un discurso preliminar, en que expliqué el fin y objeto de aquellas conferencias, y el fruto que debia resultar. Lo escucharon con inte-

res, y observé que oían lo demas con gusto y atencion.

Poco despues supe, que aquella lectura fermentaba en sus corazones; que era el asunto de sus discursos; que los padres la transferian á sus hijos á lo ménos lo que habian oido; los amigos á los que no habian podido venir; en fin, que todos lo conferian entre sí, y que la luz y la instruccion se iban propagando poco á poco. Tambien observamos, que á ningun otro sermon asistian tantos ni le escuchaban con mas visible complacencia.

La resulta de todo es que desde el primer año ya se empezó á ver entre las gentes mas rústicas y groseras, una especie de transformacion en su conducta, tanto por la elevacion de sus ideas, como por una mas seria y circunspecta moderacion en su porte. En mi juicio esta es una de las causas que mas han contribuido á la urbanidad de su trato y á la mejora de sus costumbres; y como cada año se les renovaba la misma instruccion, se ha grabado en los unos, y se ha extendido mas en los otros; de modo que me parece que hoy no hay ninguno que no esté enterado de su Religion, y persuadido de su verdad. A Dios, amigo.

P. D. Despues de tener esta escrita recibo la tuya en que me das noticia de la nueva comision que te ha dado el gobierno, y del nuevo viaje que vas á emprender. El encargo es honroso, y te da sin duda ocasion de hacer grandes servicios á tu



*Tratado de la enfermedad y muerte  
del Filósofo: por toda la Carta XLI.*

patria. Esto solo te puede consolar de la incomodidad y del riesgo á que te expones. Y pues tú no vas mas que por obediencia y con vivos deseos del acierto, Dios que siempre ayuda las buenas intenciones, ayudará las tuyas. Tú te lisonjeras con la idea de que volverás presto. Yo lo deseo; pero viajes de esta especie son siempre mas largos de lo que se piensa, y yo temo que este sea tambien de cuatro ó cinco años como el otro. Dios disponga lo que convenga; pero espero que si en tus viajes hallas medios de darme noticias tuyas, no negarás este consuelo á mi amistad. A lo ménos te pido, que cuando vuelvas no me retardes un instante la noticia de tu retorno. A Dios otra vez, Antonio mio.

**CARTA XLI.**

**MARIANO A ANTONIO.**

**Q**UERIDO Antonio: ¡qué agradable sorpresa me ha causado tu amable carta! ¡y cuánta satisfacción me ha producido! Desde que me informaste de tu nuevo viaje y sus justos motivos, no he vuelto á tener noticia tuya, y mi amistad estaba tan quejosa